

El votante mediano ante la democratización

(2003) Ariel H. Colombo

El problema fundamental de la transición a una sociedad más democrática consiste en las restricciones temporales. ¿Cómo conciliar el corto y el largo plazo si una estrategia política para ser eficaz no puede ser anticapitalista y para ser válida debe ser socialista? ¿Cómo responder a esta contraposición temporal entre eficacia y validez? Si para ser eficaces, los cambios propulsados por dicha política han de ser irreversibles, acumulativos, incrementales y progresivos ¿cómo obtener un recurso escaso como es el tiempo asociado a cada una de estas características? En efecto, “irreversibles” significa que una vez puestos en marcha, los cambios no nos devolverán al punto de partida; “acumulativos”, que no se debilitarán entre sí sea cual fuere la secuencia en que se introducen; “incrementales”, que un cambio genera después la necesidad de introducir otro aún más relevante; y “progresivos, que producen avances sostenidos en la dirección convenida. El test que imponen estas propiedades del cambio remite enseguida a las credenciales de quienes hayan interiorizado institucionalmente un principio moral, tanto con el propósito de que las formas de decidir no perviertan el contenido de las decisiones cuanto para que la congruencia con el mismo anticipe realizativamente la re-forma del sistema.

El problema puede resumirse en los siguientes términos. El capitalismo democrático en equilibrio es el punto máximo de distribución para la izquierda a partir del cual la derecha convoca a la dictadura, o el punto de mínimo de tributación para la derecha a partir del cual la izquierda convoca a la insurrección. En base a ello la transición democrática al socialismo es imposible. Aún antes de alcanzar el equilibrio en el punto distributivo máximo, la izquierda resignará parte de su programa anticipando que la derecha

reaccionará a través de la desinversión, bajando el ingreso promedio de la sociedad hasta el nivel del ingreso del votante mediano, perdiendo las chances de ganar las elecciones que le proporcionan la distancia entre el votante mediano (que divide en dos partes iguales al electorado en un continuum izquierda-derecha) y el votante que por encima de aquél recibe ese ingreso promedio. Al descender éste por debajo del suyo, el votante mediano ya no contará con incentivos para votar el programa distribucionista de la izquierda. Ante esta situación ¿qué puede hacer la izquierda para mantener su programa y retener al voto mediano (más uno) que le daría la mayoría? ¿Qué puede hacer para bajar, proporcionalmente al declive económico, la tasa de descuento temporal del votante mediano?

Imaginemos una propuesta política que consiste en aumentar los impuestos a un nivel equivalente al 50% del PBI para solventar un ingreso básico universal equivalente a la mitad del ingreso promedio. Si este último disminuye vía desinversión, probablemente por efecto del aumento impositivo y de una menor oferta de trabajo (que elevaría los salarios), entonces el problema es el mismo que se ha planteado a todo intento de socialización gradual de los activos productivos. Por más que dicha propuesta limitara los impuestos únicamente al consumo derivado de ganancias y supusiera que los salarios más altos promoverán el ahorro de mano de obra por medio al cambio tecnológico (siempre impredecible), aún deberá interiorizar las reacciones de la derecha a medida que la idea de un ingreso básico ganara adeptos o se perfilara como programa ganador en las próximas elecciones. ¿Habría, finalmente, una mayoría por el ingreso básico? El tipo impositivo elegido será igual al ingreso promedio menos el ingreso mediano, divididos por la suma de los efectos negativos que producen sobre el ingreso global cada peso adicional de aumento en los impuestos (Przeworski, 1988:109). Que, naturalmente, podrá ser más alto cuanto mayor sea la desigualdad en la distribución del ingreso y menores las pérdidas de peso muerto. Dado que empíricamente la distribución del ingreso se desvía hacia abajo, y el ingreso mediano es inferior al ingreso promedio, el

votante del ingreso mediano optará por el programa redistributivo que le propone la izquierda. Pero el hecho es que, aún en los países desarrollados más equitativos, los tipos impositivos están muy por debajo del 50% del pbi. Parece haber un techo tributario irrebasable a partir del cual la política reformista se vuelve “confiscatoria” y la derecha se vuelve conspirativa.

La izquierda podría proponerse la máxima redistribución compatible con las reglas del capitalismo democrático, pero como se dijo su problema es que antes de alcanzar ese umbral no podrá anunciar su programa (de ingreso básico, por ejemplo) sin que la derecha lleve al ingreso promedio por debajo del ingreso mediano, disuadiendo a los votantes colocados entre ambos de optar por la redistribución. La implicación más significativa en este descenso del ingreso promedio es, me parece, el ascenso de la tasa de descuento temporal de la clase media. Al caer la inversión actual y, por ende, las probabilidades de un mayor bienestar material futuro generalizado, se produce inmediatamente ese ascenso de la tasa entre potenciales aliados de la izquierda que comenzarán a tomar distancia de su predisposición inicial al cambio. La izquierda no puede evitar la maniobra derechista, y siempre ha debido moderar su programa si quiso acceder al gobierno. No obstante la tradición, puede elegir un camino algo más difícil y resistir la regresión en las preferencias por el corto plazo, institucionalizando internamente mecanismos que construyan “confianza”, es decir, la revalorización presente del futuro, algo que mantendría a salvo tanto su programa de reformas como sus chances electorales.

Para eso la idea de votante mediano debe reemplazarse por la de “votante virtuoso”, por llamarla de algún modo. A diferencia del votante mediano, que no consigue resolver el dilema de prisioneros según el cual sus yos presentes juegan contra sus yos futuros, y que actúa contra los demás porque también lo hace contra sí mismo, el virtuoso armoniza sus yos futuros con sus yos presentes, siendo capaz de participar políticamente para producir bienes públicos

porque no los disocia de su bien privado (Doménech 2002). “Pues no es concebible que un ideal de justicia social arraigue en los hombres al punto de llevarles a un compromiso de largo plazo con él, a pesar de los reveses y contratiempos ocasionales que su realización puede traer consigo, si ese mismo ideal de justicia social no está íntimamente vinculado a una concepción de vida buena privada compartida y deseada por los ciudadanos” (Doménech 1991:35-36).

Ahora bien, el votante virtuoso, identificable con un bajo o muy bajo descuento del futuro, no es alguien que pueda producirse en cualquier situación. Exige un nivel de igualdad material como el que el ingreso básico quiere aportar o como el que el republicanismo de todas las épocas ha reclamado. Pero en ese caso, nos enfrentamos otra vez a un razonamiento circular: las condiciones de vida igualitarias, que son requisitos de la virtud cívica, sólo podrían ser instauradas por ciudadanos ya dotados de cualidades ético-cognitivas que caracterizan a la virtud. ¿O acaso quiénes o qué podrían hacerlo en su lugar?

Esto no ha sido resuelto por el pensamiento moderno de la democracia, de Rousseau a esta parte. O bien recae una y otra vez en la ciclicidad o, a través del corte arbitrario e infundado, desemboca en el decisionismo. Las pragmáticas de Apel y Habermas ofrecen vías, de acuerdo a mi punto de vista, para buscar la salida. Los presupuestos pragmáticos necesariamente implícitos en las pretensiones de validez de los actos de habla constituyen un principio inmanente y simultáneamente autocrítico. Según Habermas, quien habla en serio debe admitir desde el vamos el principio de que sólo serán válidas las decisiones o normas que todos los afectados podrían acordar en un debate sin restricciones. Según Apel nadie podría rehusarse a dicho principio sin autocontradicción práctica ni fundamentarlo sin petición de principio. Lo que la ética del discurso soslaya, sin embargo, es que los argumentantes necesitan tiempo para deliberar (tiempo para

informarse, reunirse, conocer los argumentos alternativos, discutir, acordar, etc.) que es el que precisamente la desigualdad material sustrae o expropia. Aún los partidarios del modelo deliberativo de democracia constatan que, por la falta de tiempo, llegado a cierto punto la deliberación debe ceder su lugar a la decisión. Lo que equivale a reintroducir un factor exógeno, determinante para el propio papel del diálogo en las decisiones vinculantes en la medida que lo torna superfluo.

¿Cómo zafar? He sugerido antes que, superpuesta a cada pretensión de validez, puede advertirse analíticamente una pretensión que el argumentante dirige a sus interlocutores y que consiste en reclamarles el reconocimiento a su congruencia con las reglas deliberativas ideales. Y que toda práctica colectiva con sentido pretende, por definición, que las reglas para la toma de decisiones que ha adoptado son suficientemente coherentes con las reglas deliberativas ideales que le subyacen. El votante o el partido virtuoso sería, desde tal perspectiva, uno cuya congruencia genera confianza entendida como vínculo entre el corto y el largo plazo en base a la cual podrá enfrentar los límites externos que se le oponen política o estructuralmente. En base a ello el tiempo dejará de ser una constante o en un recurso ilimitado y coviará en razón directa con de la confianza recíproca entre los participantes según la coherencia que puedan exhibir en la toma de decisiones.

Desde esta perspectiva la anomalía antes aludida se convierte en enigma: la solución está, pero hay encontrarla. No es la validez del paradigma distributivo la que resulta cuestionada sino el comportamiento de las izquierdas políticas en el diseño y empleo de reglas decisorias internas, históricamente dissociadas de las reglas procedimentales inmanentes a la acción Solo si su acción infundiera confianza, en base a la coherencia con ellas, reduciría la tasa de descuento temporal de los eventuales aliados y podría ganar elecciones sin abdicar de su programa y sin que la derecha organice un gobierno autoritario. Por esta vía la izquierda puede sustraerse a

los tiempos de la derecha (que obligan a la sociedad a concentrarse exclusivamente en el presente), manejarse con los propios, y anticiparse a la extorsión estructural por la que la clase media, ante la ausencia o déficit de las instituciones de democracia directa, pierde la confianza en un futuro creado autónomamente y retrocede poniéndose a la defensiva o aferrándose a las instituciones del capitalismo democrático, cuya regla fundamental es, precisamente, delegar el futuro de todos al capital.

Bibliografía

- Doménech, A. (2002) *Democracia, virtud y propiedad* (mimeo).
- Doménech, A. (1991) “Introducción” a *Domar la suerte*, de J. Elster. Paidós, Barcelona, 1991.
- Przeworski, A. (1988) “La viabilidad de los subsidios universales en el capitalismo democrático”. *Zona Abierta*, 46-47.